

Cartas de la prisión y de los campos

Pamplona, Eunsa, 2005

Cartas de la prisión y de los campos

LAS CARTAS QUE NOS PRESENTA traducidas al castellano la colección Cátedra Félix Huarte son parte del epistolario de Pável A. Florenskij, uno de los más destacados intelectuales rusos de principios del siglo XX. El epistolario que ahora se publica cuenta también con una extensa introducción de Víctor Gallego, que también es el autor de la traducción.

Estas cartas, escritas entre los años 1933 y 1937, están dirigidas en su mayoría a su mujer Anna y a sus hijos, y en ellas trata a menudo de temas relacionados con el arte. De un modo muy especial, en las cartas dirigidas a su hija Olga, llamada cariñosamente Olia, Olen u Olechka, habla de algunas cuestiones teóricas relativas a la composición y al discurso poético, a la música y la creación artística, y hace diversas valoraciones sobre algunos literatos importantes, tanto rusos como extranjeros.

El contexto en el que se llevó a cabo esta correspondencia es muy peculiar. Pável Aleksandróvich Florenskij, el mayor de siete hermanos, había nacido en Evlaj (Azerbaiján), en 1882. Su formación inicial fue fundamentalmente científica, llegando incluso a realizar los estudios de doctorado en física y matemáticas en la Universidad de Moscú. Durante los años siguientes a la publicación de su tesis, realizó algunas investigaciones pioneras y dedicó gran parte de su tiempo a la docencia en instituciones como el Instituto de Física de Moscú y en el Instituto de Estudios Superiores Estatales Técnico-Artísticos. También trabajó como ingeniero en la fábrica Karbolit y fue colaborador de la Enciclopedia Técnica.

Debido a la profundidad de sus planteamientos humanos, fue precisamente su formación científica, amante de la naturaleza, la que le llevó a cultivar también el campo de las artes. Desde 1904 estudió teología en la Academia Teológica de Sergiev Posad, a unos 70 kilómetros de Moscú. Al acabar estos estudios publicó numerosos estudios de teología, filosofía y arte, siendo su obra más relevante *La columna y el fundamento de la ver-*

dad (1917), fruto de su tesis doctoral en teología. Otras publicaciones suyas, en las que a menudo hace reflexiones que ponen en relación la teología o la liturgia de manera muy directa con el arte, fueron: *Los signos celestes. Reflexiones sobre el carácter simbólico de los colores*, *La liturgia como síntesis de las artes*, *La perspectiva invertida*, *Iconostasio*. También fue docente de la Academia Teológica y director responsable de su revista mensual, hasta la supresión de esta institución en 1917. A lo largo de su vida pudo tratar a personalidades tan importantes en estos campos como Sergej Bulgákov (1871-1944) y Nikoláj Berdiaev (1874-1948), que llegarían a ser conocidos teólogos también en Occidente.

Florenskij fue consagrado sacerdote de la Iglesia ortodoxa en 1911. En 1910 se había casado con Anna Giatsintova, fallecida en 1973. Tuvo cinco hijos: Vasilij (1911), Kiril (1915), Olga (1918), Mijaíl (1921) y María-Tinatín (1924). Su trabajo científico fue muy estimado por las instituciones públicas, incluso después de la revolución de 1917, pero a pesar de ello, y en gran parte debido a su condición sacerdotal, que nunca quiso ni esconder ni abandonar a pesar de las presiones, fue detenido en varias ocasiones, acusado de hacer propaganda antisoviética y de pertenecer a organizaciones antirrevolucionarias que ni siquiera existían. En 1933 fue condenado a diez años de trabajos forzados en los campos del lejano Oriente. Desde octubre de 1934, cumplió su condena en el famoso campo de las islas Solovki, en el mar Blanco. En los años que siguieron hasta su muerte por fusilamiento, ocurrida en 1937 y no confirmada oficialmente hasta 1990, continuó con sus investigaciones científicas allá donde estuvo preso, pero, sobre todo, mantuvo una intensa correspondencia con sus familiares y amigos. Parte de ésta es la que ahora se publica en castellano.

En estas cartas se reflejan los diversos aspectos de la vida y del pensamiento de Florenskij. En muchas de ellas aparecen referencias a algunas de sus mayores pasiones: la contemplación de la naturaleza circundante, la geografía y la botánica. De hecho, gran parte de sus teorías sobre el arte se basan precisamente en que debe éste basarse en la realidad objetiva y unitaria.

Es en este marco en el que deben situarse sus opiniones sobre algunos literatos famosos. Para Florenskij, el paradigma del buen poeta se encuentra en Goethe y en Pushkin, según él un *genio*, ya que ellos, aun siendo *naturalistas*, supieron describir la realidad de una forma objetiva y como un todo unitario. Por el contrario, la valoración que hace de autores como Zola, Balzac o Dostoievskij, es muy negativa, precisamente porque su falso naturalismo, sobre todo en el caso de Zola, les llevó o a describir una realidad que no era tal, un sinsentido, un conjunto de impresiones sueltas sin orden ni concierto, o porque, en el caso concreto de Dostoievskij, se quedaron sólo con la parte más oscura de la realidad.

Florenskij, sin embargo, también insistió en la importancia de fijarse en las realidades existentes como símbolos de otras. Desde este punto de vista valoró positivamente las bases teóricas del simbolismo ruso, aunque, según él, muchos de sus representantes se echasen a perder con el tiempo por diferentes causas. De estos literatos habla a menudo en sus cartas, también porque a muchos de ellos pudo tratarles personalmente: el poeta Andrej Bielij (pseudónimo de Borís N. Bugaiev) (1880-1934), uno de los que le había introducido en el mundo de la poesía y el arte, Valerij Briúsov (1873-1924) y Konstantín Bálmont (1867-1942).

Otro de los temas omnipresentes en estas cartas es su familia, sobre todo sus padres, su mujer y sus hijos, y en general sus recuerdos del pasado, a los que les daba una gran importancia. Especialmente en momentos de soledad, Florenskij recurría a sus recuerdos del pasado, muchos de los cuales, como su infancia en el Cáucaso o la relación con su padre, según él, se conservaban más vivos en su memoria que otros recuerdos mucho más recientes.

Desde la lejanía, Florenskij trató de suplir su ausencia física, de un modo muy especial en lo referente a la educación de sus hijos. No en vano, en más de una ocasión había expresado la sensación de haberles dedicado poco tiempo en el pasado. Así, mientras que a su mujer y a su madre les habla de los diversos aspectos de su situación general, a cada

Cartas de la prisión y de los campos

uno de sus hijos les escribe de un modo muy personal, según lo que él piensa que les puede ser más útil: a unos les escribe de su trabajo científico, a otros les cuenta anécdotas o les describe una aurora boreal, a Olga, en fin, le hace auténticos cursos monográficos de historia de la literatura rusa.

En definitiva, podemos decir que estas cartas son una selección en la que se percibe un claro itinerario de la situación interior de Florenskij durante los últimos años de su vida. En ellas se refleja continuamente una especie de desencanto, fruto de la propia convicción de no haber podido hacer fructificar sus talentos todo lo que según él hubiese podido, y así haber dejado un mayor legado al futuro. En ocasiones se dirige a su mujer diciéndole que su falta de libertad y la imposibilidad de disfrutar de la naturaleza, una de sus mayores pasiones, no hubiese sido mayor inconveniente si al menos hubiese podido llevar a cabo un trabajo científico serio y constante, cosa que no pudo hacer sobre todo en los últimos meses de su vida.

Cabe destacar que cuando se leen estas cartas de Florenskij puede llamar la atención la ausencia de referencias a las realidades trascendentes; sin embargo, hay que tener en cuenta que en la correspondencia que se le permitía mantener no podía escribir todo lo que quería; en concreto, no podía ni mencionar a Dios ni mencionar nombres de presos.

El estilo de las cartas es claro y directo. Su lectura se hace amena y es, ciertamente, muy enriquecedora, no sólo por el contenido, sino también por los rasgos de la personalidad del mismo Florenskij que reflejan.

Como conclusión podemos decir que con estos documentos se nos presenta un testimonio muy valioso de la situación de los intelectuales rusos después de la Revolución de 1917 y, concretamente, durante la oscura década de 1930-1940.

Juan Luis Caballero